

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 16 DE JUNIO DE 1909.

NÚM. 77.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

¡A nuestras suscriptoras.

Rogamos á nuestras suscriptoras que durante los meses de verano quieran recibir el periódico en los puntos donde fijen su residencia accidental, tengan la bondad de avisar á esta Administración, expresando al detalle y con toda claridad las señas de su nuevo domicilio, á donde se les servirá LA MODA PRÁCTICA sin aumento alguno de precio.

EXPLICACIÓN

DE
nuestras planas en color.

En asuntos de modas, así como en otros menesteres de la vida, no hay que descuidar á los niños.

Ellos juegan papel principal y son nuestro amor y nuestra preocupación continua, siendo lógico que manifestemos esta solicitud lo mismo al tratarse de su buena crianza que en todo aquello que concierne al modo de vestirlos.

Considerando que ello será del agrado de nuestras lectoras, ofrecemos en la portada del presente número los modelos de tres preciosos figurines para niñas de seis á doce años, y que son «la última palabra» de cuantas novedades de fantasía crearon grandes artistas de la moda para la presente estación.

Estos modelos son completísimos, pues abarcan absolutamente todos los detalles de la toilette en general, desde el sombrero hasta el calzado, deteniéndonos, como es natural, en la explicación de mayor número de detalles en lo que atañe á los vestiditos.

El primero de la izquierda es un lindo traje de linón con encajes. Chaquetita vaga con el mismo adorno y reversos. Sombrero de paja, con encaje blanco y una bella guirnalda de flores. Zapatos de cabritilla blanca.

Otro de los modelos, el segundo, también de la izquierda es un traje para niña de doce años, confeccionado en tafetán.

La falda va provista de volantes, el cuerpo bordado, mangas cortas y un vistoso plastrón de tul plisado.

En cuanto al sombrero, ya ven nuestras abonadas cómo puede llevarse un modelo airoso y grande, como lo indica la moda, pero sin incurrir en exageraciones, en los niños aún más ridículas que en las personas mayores.

En cuanto al tercero y último figurín de nuestra portada, trátase de una faldita-corselete con tirantes calados y adornos de soutache. La blusa es de muselina, libre de cuello, graciosamente escotada.

En cuanto al sombrero, una sencilla campana, rodeada la forma con cinta de muselina blanca y sobre ella ligera guirnalda de follaje con florecillas pequeñas.

Ofrecemos también á nuestras lectoras, en la cuarta y quinta planas de

color, elegantísimos figurines de blusas y sombreros.

De estos modelos, escogidos entre los más elegantes y de más fantasía que en la actualidad «hacen furor» en París, puede consultarse la explicación siguiente:

Número 1.—Es una elegante blusa de seda, con adornos en finos bordados y plisada con tableritos á ambos lados de la corbata de nudo, igual á la que usan los hombres.

Número 2.—Blusa escotada en tul de rayas, guarnecida de un plisado de encaje en el pechero.

Número 3.—Camisón de piqué con bandas, adornadas de botones encima de la cintura y en el antebrazo.

Número 4.—Es una blusa, propia para paseo. Se confecciona en seda estampada ó á cuadritos. Cuello y bocamangas en tela blanca y por delante un gran lazo en liberty negro.

El primero es un gran sombrero en *tafal* blanco, guarnecido de una hebillita al frente, hecha con encaje; de cintas y de gran cantidad de plumas.

El segundo es un sombrero en paja muy fina, adornado en terciopelo y con guirnalda de rosas blancas y violetas.

El tercero, un cesta redondo en paja de Italia, adornado de terciopelo marrón y de un pájaro del paraíso con todo su largo y brillante plumaje.

Suplemento de figurines en colores.

Dos *toilettes* de verano para confeccionar en satén de colores.

La primera, con; uesta de un gran pechero y cuello unidos, de encaje, sobre tul, con guarnición de cinta seda liberty bordada.

Elpalda y delanteros fruncidos á una cintura de la misma tela, y manga corta y ceñida á grandes pliegues.

La falda ostenta un canesú de corte circular en su lorde superior, con una carrera de botones en el lado derecho, y lleva un vuelo gracioso haciendo pliegues ligeramente fruncidos al borde del canesú.

El segundo vestido es un modelo de los denominados cuerpo coraza, con manga larga y adornos de tiras de seda bordadas al realce. Este cuerpo se forma en los estados y lleva el cierre por detrás; del canesú de las caderas pende la falda, recogida graciosamente á ambos lados.

Reproducimos en la plana octava y última, también de color, los modelos

de tres preciosas y originales *toilettes*, cuyos detalles de confecciones son como siguen:

Número 1.—En terliz. Cuerpo-blusa con forma de guimpé la parte alta, con sardinetas aplicadas y vivo de terliz. Plastrón en batista bordada á la inglesa. Falda corselete de tres paños y cierre por detrás.

Número 2.—Traje princesa en terliz de seda, con la parte alta dispuesta en pliegues de través, con dientes cortados y montados sobre una camiseta con cuello libre y en tul punteado. El bajo en siete paños; los adornos son de encaje de Irlanda y botones de oro. Cierre por delante sobre el lado.

Número 3.—*Toilette* de paseo en tussor, adornado de calados y de soutache *ton sur ton*. Bandas de tela. Cuerpo-blusa en forma de guimpé, en tul plegado y realzado por encaje de Cluny. Cintura en liberty apropiado. Falda de tres paños con volante añadido. Cierre por detrás y el del cuerpo sobre el lado.

ECOS DE LA MODA

Siempre caprichosa y fantástica, la moda nos ofrece variedad infinita de elegantes sombreros, cuyas formas diversas representan «cristas de papel», rucis, tocas turbantes á lo María Antonieta y á la princesa Lanballe, sombreros pactora tocas al estilo de Enrique II, tricoricos, en fin, con largas y magníficas plumas, cuyo adorno parece dominar en las fluctuaciones de la moda.

Dentro de esta pléthora de sonbreros, se debe tratar de encontrar el modelo que armonice mejor con el tipo de cada una.

Las verdaderas elegantes saben adoptar cada una su género especial, modificando las amaneradas y ridículas exageraciones de los modelos de los grandes modistos.

¿Qué puede haber más bonito que esas largas bridas con que se adornan los sombreros Directorio? Se hacen en tul, en seda, en terciopelo.

Préstarse á estos modelos á toda clase de originales fantasías, que con unricin á la siqueta un sutil encanto; mas hay que tener en cuenta que «hay que saber llevar» esta clase de sombreros, siendo preciso que la dama que ha de lucirlos vaya vestida de un modo «mpecable».

Los kimones dominan para lo que llaman los franceses *toilette d'intérieur*, es á saber de *cama*, *matrúes*, etc. Trátase de una forma vaga, con mangas perdidas, muy á propósito para la estación de verano.

Las chaquetitas japonesas en tul, encaje ó bordadas, «hacen bien» con todas las faldas y constituyen una moda muy práctica para estar en casa ataviadas con arreglo á las disposiciones del último figurín.

Otra *toilette* de casa, desde luego

más lujosa, consiste en el *replum* con entredoses de valencienres ó M linas, alternando con cintas de raso ó bien con intervalos de muselinas á pequeños pliegues.

En *toilettes* de verano presenta la moda muy numerosa variedad. Tejidos frescos, claros, ligeros, floridos, cuyos matices recuerdan la corola de las flores.

En los almacenes no se ha visto jamás tal inmensidad de variados surtidos. Hállanse, en profusión no vedades deliciosas que estimulan el gusto y permiten combinar las más encantadoras fantasías.

Si bien es que en Mayo celebran muchas bodas. Dicen los poetas que por ser el mes de las flores. Los ironistas arguyen que en la citada estación florecen las niñas. La que suscribe—con objeto de adquirir noticias para comunicárselas á sus amables lectoras—se fijó en las *toilettes* de desposada, que llevaron al altar novias gentiles y elegantes. La mayor parte eran de raso maravilloso y de un blanco puro. El aspecto de una desposada joven y hermosa debe recordar siempre al poeta y suave lirio de los campos, oloroso y fresco. Su traje, muy ajustado, termina en arga cola de corte, cuyas dimensiones no deben exceder de tres metros. Esta cola debe rodear de una ruche de tul, muy rizada, adornándose toda la *toilette* con bordados y, sobre todo, encajes.

El peinado, voluminoso y adornándolo con una guirnalda de azahares, flores y botones de rosa, con delicadas y pequeñas hojitas. En el pecho, también se debe llevar un bonito ramo. Respecto al calzado, zapatitos en blanco plata, con altos tacones, para hacer más alta y majestuosa la figura en este traje de gran ceremonia.

En una boda de aristocrático rumbo observé también la *toilette* de las amigas de la novia. Una de ellas lucía un precioso vestido de seda color heliotropo, con media cola, velado por una túnica de tul, también heliotropo, bordada con motivos de seda *ton sur ton*.

Las mangas y guimpé de encaje de Ançon.

Sombrero grande, enorme, en tul violeta obispo, adornado con plumas cuyos matices variaban desde el púrpura más obscuro al malva hortensia más pálido.

Nada tan bonito, rico y de tan suprema elegancia como esta *toilette* que llevaba una linda hermana de la novia.

Para las niñas de diez á doce años y al tratarse de vestidillos sencillos, está muy en boga el percal con rayas estrechas, confeccionado en forma de blusa americana, sujetas al talle por un cinturón de cuero y alrededor del cuello una cinta bordada.

LA CONDESA FLOR DE LIS.

Psicología de la Moda.

IV

Paul Adam escribe: «Es cierto que la mujer prefiere ser *chic* á ser linda. Es cierto que la Naturaleza ha sido vencida por el arte. El mal no me parece, empero, sin remedio.» Sin duda, el gran escritor tiene razón, y en un día, más ó menos lejano, los hombres volverán á preferir una muchacha de líneas perfectas, aunque no tenga más traje que la camisilla y la enagua de la Victoria de Samotracia, á una dama flaca y fea vestida por un mago de la rue de la Paix. Pero esto no lo lograrán ni los filósofos ni los moralistas, sino la vida misma con su eterno renovarse. Mas Paul Adam no quiere esperar la evolución natural del gusto. Ante las multitudes lujosas de París y de Londres, su nostalgia de la belleza se exagera. Todos los trajes los daría gustoso por un rostro fresco y un cuerpo rítmico. Así, en su prisa, ha imaginado un medio para devolver su prestigio á la belleza, y es fundar en París, centro del mundo, un Palacio de la Mujer, un Templo, mejor dicho. «En ese templo—asegura—las más lindas muchachas de cada raza se ofrecerían á la admiración de nuestras inteligencias. Con orgullo, cada una de ellas representaría lo que hay de mejor en su comarca, así como las estatuas de las antiguas diosas simbolizaban la excelencia de cada pueblo en los santuarios de la Caldea, de la Fenicia, de Egipto, de Grecia, de Roma. Nuestro siglo tiene el deber de crear ese Panteón de la Belleza y de poblarlo de ídolos vivos. La acción sería útil y singular, pues así como el hombre fecunda el cuerpo de la mujer en el amor, la mujer fecunda el espíritu del hombre en la voluptuosidad.»

La idea es ingeniosa. Su realización sería útil, indudablemente, puesto que no sólo constituiría un santuario único en el mundo, algo así como la Meca de la religión de la Belleza, sino también una enseñanza perpetua de los cánones de la perfección corporal. Sus diosas no tendrían ateos. En el alma de los romeros sería la emoción constante.

Para cada gusto habría una capilla milagrosa. Los que no se arrodillaran ante las imágenes esbeltas y nerviosas traídas de Sevilla, podrían prosternarse á los pies de las suntuosas rubias originarias de Viena. Junto á la veneciana cabellera de oro antiguo, erguiríase la morena madrileña. La pálida escandinava permanecería grave mientras sonriera la coqueta provenzal. La chica de Londres fraternizaría con su hermana la chica de París. Los países de Oriente, en fin, llenarían con sus íconos de bronce palpitante algunos de los más ricos altares.

Pero yo veo un punto, en el cual sería difícil poner de acuerdo á los fundadores del templo, y es el capital problema del ves-

tido. Paul Adam, en efecto, no se atreve á pedir que estas estatuas vivas lleven el mismo traje que las estatuas de los museos. Para no herir lo moral, quiere que el traje sea de rigor. Con esto, por lo pronto, llega á establecer que la belleza de la mujer no reside sino en el rostro, lo que ya es absurdo. Y, además, en esta misma timidez residiría la inutilidad de todo esfuerzo. Porque la tiranía de la moda es tal, que, al cabo de unos cuantos meses, las orientales como las occidentales se habrían amoldado al modelo común, y renunciando á sus gracias peculiares, á sus adornos originales, se harían esclavas de la moda.

Y con las faldas de París, y los afeites de París, y las tinturas de París y los gestos de París, formarían sencillamente al fin un grupo igual á los que en cualquier *five ó clock* nos hacen ver cuán iguales son todas las bellas del mundo en cuanto los modistos ponen en ellas sus garras deliciosas.

Más modesto que Paul Adam, las parisienas no reclaman un templo nuevo, sino sencillamente una nueva fiesta nacional que se llamara fiesta de las elegancias.

Y no les preguntéis si esos *grands orges* y esos *festes de fleurs* de primavera, en los cuales lucen sus trajes más admirables, no son fiestas de la elegancia, porque os contestará que no. Una reunión en donde, además de las *toilettes*, hay otros atractivos, no puede llamarse, en efecto, fiesta de la elegancia. Lo que quieren es un día consagrado en absoluto á los adornos, un día de coquetería, algo como una feria de la moda y de la gracia.

Por mi parte, aunque nada vale mi voto, lo doy con entusiasmo en favor del proyecto. Una fiesta más nunca está de sobra. Los patriotas tienen sus días nacionales, sus días tricolores, durante los cuales todo es azul, rojo y blanco. Los *sportmen* tienen, ya no digo días, sino hasta semanas. Los artistas tienen, con los salones, sus meses.

Y sólo la mujer, que no es ni pintora, ni automovilista, ni cantinera de regimiento; la mujer, que no es más que mujer; la mujer, que sólo cultiva el arte de su propia belleza, en fin, no tiene ninguna jornada durante la cual puede celebrar su triunfo. Esto, en París, es increíble, porque París es la Jerusalén de las mujeres.

¡Y qué bien comprendo que de todas partes del mundo vengán aquí en busca de ejemplos las damas que quieren aprender el arte difícilísimo del encanto femenino! Cada parisienne es una lección viva de constancia, de energía y de sacrificio. Una de ellas lo dice en frases que son como una confidencia:

«La belleza de las parisienas es una conquista constantemente renovada, un producto de la voluntad inteligente. No resulta de una combinación natural de líneas y de colores: se fabrica con alma y con *esprit*. Esa belleza es admirable testimonio de la actividad vital, que exige una vigilancia constante, un esfuerzo permanente. Y no me refiero solamente á los colorates y á las tinturas, sino al arte sutil que permite escoger la inclinación de cabeza, la sonrisa, el gesto, así como el sombrero más tentador—el arte de matizar una mirada y de arreglarse el cabello—; y también aludo á la energía con que se practican higienes severas para perfeccionarse la tez ó el talle, y á ese conocimiento de los propios defectos físicos que ponen en condiciones de disimularlos con una postura, un juego de fisonomía, un poco de tul ó mucho *ingénio*.»

Porque al cambiar de régimen, lo único que las mujeres han hecho es cambiar de dolor. Huyendo de las antiguas tiranías de una Teresa Cabarrús, de una Mme. Recamier, de una Castiglione, las parisienas han creado un nuevo despotismo no menos feroz. Las reinas de la belleza han sido sustituidas por las reinas de la moda. Una mujer bella, en el concepto de la alta sociedad, es una mujer algo vulgar, algo ordinaria, algo plebeya. Refiriéndose á una de esas muchachas del pueblo que atraviesan las calles desiertas de los barrios bajos envueltas en sus pobres faldas sin gracia, y con la cabeza descubierta, la gente dice: «*les belles filles*». Mas nunca tal frase saluda el paso de una dama de lujo y de prestigio. Para alabar á las tiranas actuales, los epítetos que emplean son otros. Se dice: «la deliciosa señorita aquélla», «la elegante señorita ésta». La elegancia, sobre todo, es un título de majestad. «La mayor parte de las mujeres—escribe un psicólogo—prefieren la moda á la belleza.» Y otro psicólogo, completando la observación, agrega: «Hablad de belleza en un salón, y nadie os contestará. En cambio, hablad de elegancia, preguntad cuál es la más *chic* parisienne, y en el acto se establecerá un debate animado. Cada uno tiene sus preferencias. El culto de la moda reemplaza el culto de la belleza. Una mujer puede no ser linda, con tal de ser elegante. La que no es elegante, no tiene adoradores ni cortesanos.» Y como en todo hay grados, como en todo hay esfuerzos, como en todos hay dolores, el triunfo no es en nuestros días más fácil que en las épocas pasadas. Las elegantes, sin duda, son innumerales. Las bellas lo eran también; ¿no se dice, en francés, como en español, «una bella», para indicar que se trata de una mujer? Sólo que, así como antaño había bellas entre las bellas, hay hogaño elegantes entre las elegantes. En el teatro mismo, á medida que el triunfo de la moda se acentúa, la selección se agrava. No todas las que llevan

trajes de muselina liberty color de rosa muriente y sombrero con cintas doradas que caen hasta la cintura, son de igual casta. No todas merecen igual crédito como catedráticas en la escuela práctica de altos estudios suntuarios. Y si me decís: «De cualquier modo, la democracia femenina ha salido ganando al destronar á la belleza, puesto que es mucho más fácil llegar á ser, á fuerza de trabajo, muy *chic* que muy bella.»—Si me decís esto, os contestaré: «No os hagáis ilusiones. La gracia es tan rara como la perfección. Se nace elegante, como se nace linda.» Y más aún os diría si no temiera entristecer á algunas de las que tienen la fe en la victoria de la paciencia y de la constancia.

Esto es cierto. Esto es admirable y respetable. Esto, en vez de inspirar sonrisa, debe inspirar devoción. Porque si hay algo que sea sagrado en la mujer, es el perfeccionamiento constante de su propio ser, ese perfeccionamiento que es como un perpetuo homenaje que rinde á la propia divinidad de su belleza, sin ideas de voluptuosidad, ni de coqueterías.

De cada cien mujeres que se embellecen, en realidad noventa y nueve no piensan en ningún hombre. Un psicólogo ha dicho: «Las elegantes no se visten para que las veamos nosotros, sino para verse entre ellas». Sin pensar en las amigas, sin pensar en nada, la mujer se engalana. Encerrada en su casa, no perdona medio á su alcance para embellecerse. Se adorna porque se adora, porque se considera, de un modo obscuro, inconsciente y tiránico, como un ícono místico. Se adorna por adornarse.

Al reclamar una fiesta de la elegancia, las parisienas no hacen, pues, sino pedir que se consagre de un modo oficial el rito magnífico de la belleza y del arte triunfantes. «Dados á nosotras, las que no tenemos reivindicaciones feministas que hacer, el derecho de reunirnos para gozar de nuestro propio culto»—parecen decir. Y yo me pregunto por qué no se ha de acceder á ese deseo. ¿No existe ya una fiesta de flores? ¿No hay desde hace tiempo un salón de bellas artes? Pues ¿por qué entre una y otra cosa no ha de ponerse, para completar la glorificación de la hermosura, un festival de lindas damas lindamente ataviadas?

E. GÓMEZ CARRILLO.

Festones para bordar, Fuentes, 7.



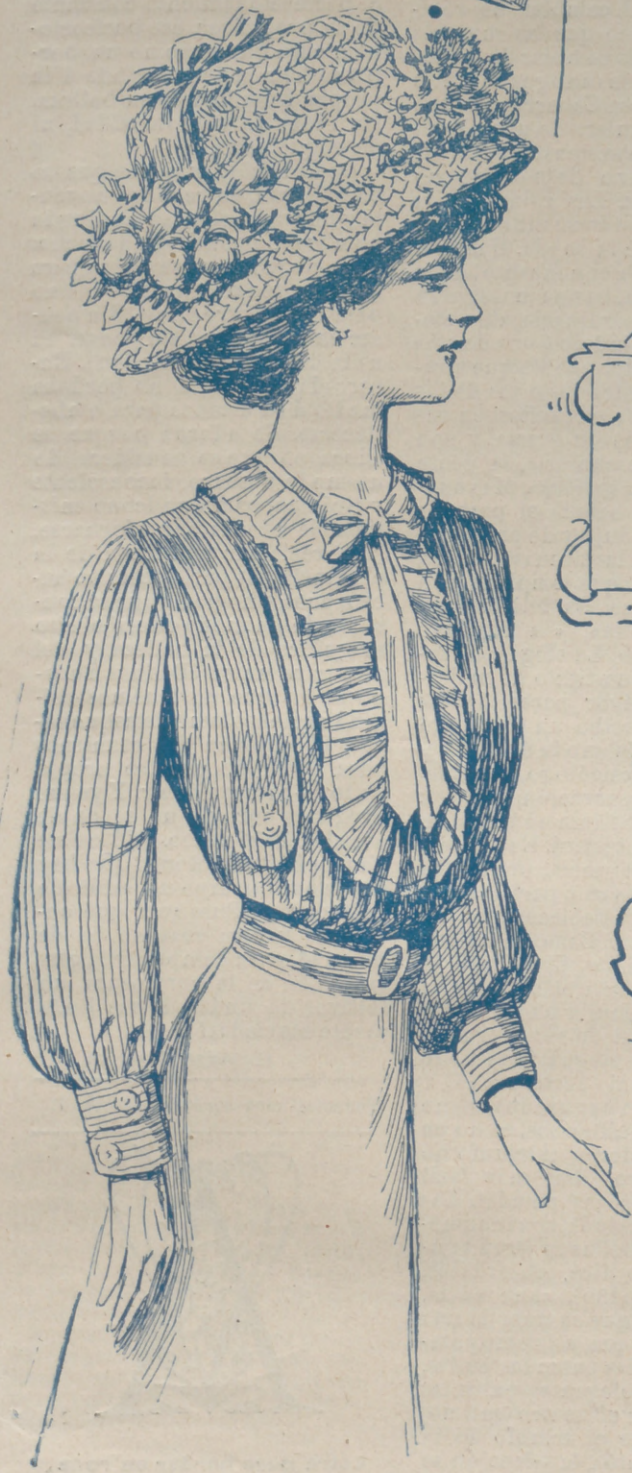
Letra para bordar en ropa y en cabillero.

LA MODA PRÁCTICA

1

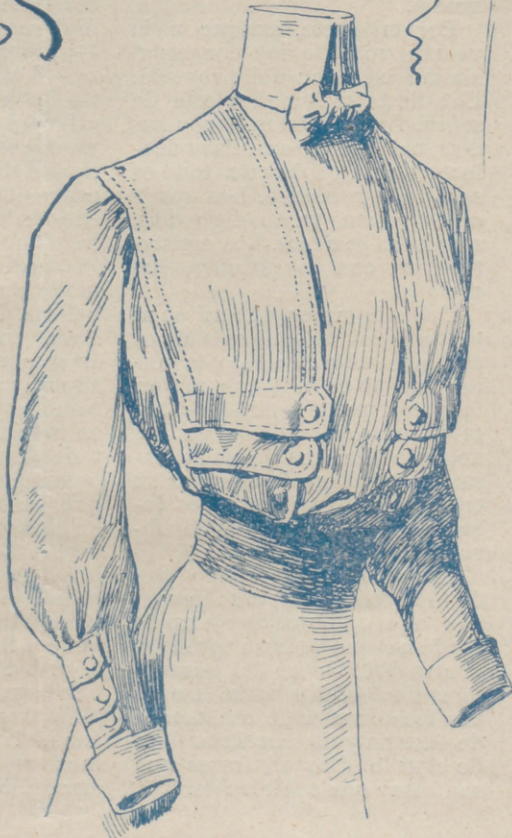


2



BLUSAS

3



LA MODA
PRÁCTICA



SOMBREROS
FANTASIA



Estafeta de La Moda Práctica

Flor de Lis.—¿Qué incompatibilidad puede existir en que usted ame mucho á su novio y por otro lado sea aficionadísima á los toros? Pero, señor, ¿en qué cosas más raras se fijan los enamorados! Como él insista mucho y en serio acerca de está particular, mándele á paseo, porque no hay duda de que «no está bien de la cabeza» ó lo que resulta peor, que es tonto, cualidad imperdonable en un hombre.

Para t-arse esos mechoncitos blancuecinos que tan preocupada tienen á usted, lo mejor es el tinte Jouvence, que obra de un modo instantáneo y que es de las pocas recetas de esta clase de la que se puede asegurar que no contiene substancias nocivas. En cuanto á la opinión que me merecen esas vecinitas, poco es lo que usted me cuenta para poder formar juicio definitivo. No obstante, es mi consejo que se abstenga de intimar demasiado.

Una suscritora.—Traslado su ruego de envío de patronos á la sección correspondiente.

Barcelona.—Lávese diariamente con agua, en la que se haya disuelto un puñado de sal; cada ocho días con una yema de huevo y no deje de cubrirse el rostro con unos polvos secretos de belleza impalpables y muy adherentes que se conocen con el nombre de *toujours vingt ans*.

Yo que usted me decidía por el modesto obrero intelectual, que es joven y parece que era, según se desprende de la carta suya que usted me ha enviado y que he procurado leer entre líneas. El otro pretendiente no merece mis simpatías. El dinero que tenga no creo que pueda hacer el milagro de que una muchacha joven y hermosa, como usted me dice que es (viva la modestia!), olvide á calva, los cincuenta abriles y el prosaico comercio á que se dedica y te buen baraqués que sería una persona «impecable» á no haber dado en la flor de perseguir chicleas, con su fecha y su facha.

Una asturiana.—Recibimos el cupón que nos envió para el sorteo de regalos y quedó incluido en suerte.

No obstante pertenecer *El Imparcial* y *LA MODA PRÁCTICA* á una misma empresa periódica, la *Estafeta* de esta última nada tiene que ver con la que publica el rotativo antes citado en su hoja semanal «La vida en el hogar».

No es que yo no tenga muchos deseos de conocer á usted en sus preguntas; pero, amiga mía, desea usted conocer al dedillo todo el plan de enseñanza que existe en Madrid, con expresión de tantas particularidades, que dado el ímense número de consultantes, no me es posible complacerla, en primer lugar por que necesitaría veinte y cuatro horas de continuas averiguaciones por Centros docentes, y luego, porque la respuesta, habría de ser tan extensa que se llevaría usted sola la *Estafeta* entera. Dispénsame, pues; *comorimas* un poco en el interrogatorio y verá usted cómo se la complace en seguida.

Una suscritora.—De todos los calificativos encomiásticos que usted me dedica y que estoy muy lejos de merecer, solo acepto el de «carifiosa» con las consultantes. En efecto; procuro contestar lo mejor que sé é intento suplir con afecto y buena voluntad mi falta de ingenio y ciencia. ¿De qué clase es el escrito que dirige usted á ese caballero? De todas suertes, esta terminación no puede venir muy y es como sigue: «con todo linaje de consideraciones» quedó de usted muy atenta y segura servidora».

La letra me parece bien.

P. S.—Si existen obras de las que

usted desea, nacionales y extranjeras, y le aconsejo se dirija á una acreditada librería de esta corte.

Claro de luna.—Para que se iguale el color de sus cabellos, nada hay mejor que las lociones de agua Oriental, con cuyo uso conseguirá usted también la higiene del cuero cabelludo.

Una de Almarza.—Para la conservación y blancura de las manos son muy provechosas las pastas de almidón y salvado, así como las de glicerina y almidón. Son recetas caseras fáciles de hacer, económicas y que no vacilo en recomendarle muy mucho.

En cuanto al procedimiento que debe usted seguir contra esas manchas en la nariz, use desde luego lociones de agua de la Juventud, preparadas con el que también ha de combatir con éxito lo de las prematuras arrugas que tanto le mortifican.

Desgraciada.—Si que debe usted serlo mucho, aunque no sea más que en atención á lo que le cuesta explicarse por escrito.

Hija de mi alma! Para poder entender su cartita he tenido que trabajar más que descifrando un jeroglífico de Novejarque. Indudablemente, que sus desgracias, en materia de amor, no pueden ser ajenas á su particularísimo estilo epistolar.

Bromas aparte, ¿qué quiere usted que le dé contra el mal de amores? Me pide usted una receta. ¿Es que se figura usted que yo soy capaz de darle un tóxico para ese ingrato? ¿Cree usted acaso que esos asuntos del corazón puede tener un arreglo en la botica de una farmacia? Eso de los brebajes, para adueñarse de un alma, se practicaba en otros tiempos.

La historia nos habla del hechizo que sufrió Wamba al apurar un vaso de no sé qué cosa. Pero, ahora no existen nigrománticas que compongan bebidas extrañas. A no ser que me haya tomado usted por una bruja.

Corazón triste.—Usted lo tendrá triste y yo no lo dudo; pero, ¡caramba!, con su patética historia, me ha puesto usted el mío como un higo chumbo. No vacile un momento más y olvide para siempre al mal hadado galleguito. Por fortuna, no me parece muy difícil que lo consiga usted, á juzgar por lo que ya le distrae la *conversu* del andaluz. ¡Y adelante! con esos amores interregionales!

o del pelo ya es más fácil, y así como no me es posible indicarle una fórmula para matar á su rival, el vertido de los cabellos puede usted conseguir que desaparezca, si todas las mañanas emplea lo iones de agua Oriental de insustituibles resultados en el caso especial que usted me consulta.

Para su hija Curra y para usted.—Las labores acerca de cuya confección me consulta, en mi opinión debería hacerlas su hijita sobre tu!

Cuando hay sensibilidad en los dientes y en las encías, es bueno mascar un pedazo de canela.

Especialmente, para la belleza y salud de las encías hay un polvo que se prepara de este modo:

Polvo de quina.....	15 gramos.
Polvo de ratania.....	5 »
Polvo de clorato de potasa.....	5 »

Frótese tres ó cuatro veces por día y tenga cuidado al lavarse la dentadura de cepillarse los huesos de la mandíbula superior de arriba á abajo, y los de la inferior de abajo á arriba.

Noche de luna.—Debe usted ser un temperamento apasionado y poético. Tal carácter dice muy bien con su cualidad de mujer enamorada y

hermosa. Así debiera pensar y sentir todo el bello sexo, aunque sin caer en exageraciones ridículas.

Nada más aborrecible que una mujer prosaica y hombruna. Las hijas de Eva tampoco es malo que sean presumidillas y celosas de su belleza. Por eso no puede extrañarme que desee usted conservar por todo el tiempo posible la frescura y el aterciopelado de su tez de azucena. Para ello le aconsejo que use la fórmula de un secreto de belleza, encerrado en los polvos adherentes, impalpables y de aroma exquisito, con los cuales se obtiene indefinidamente la frescura de los veinte años, por cuyo nombre es conocida la preparación de que le hablo.

Alma de Dios.—¿Fué usted la que en una ocasión me escribió, diciéndome que estaba enmorada del húngaro, mejor dicho de unos de los zingaros que «sa en» en el coro de aplaudida zarzuela? Sí, fué usted misma. Lo he conocido por la letra. Pues, hija mía, no puede cumplir su encargo. Era demasiado lo que se quería de mí. En otros tiempos, una dueña, diestra en tercerías, habríala complacido á las mil maravillas. Las consultas de hoy si puedo resolverlas sin inconveniente alguno. Contra esas grietas de los labios, así como también para la blancura, higiene y suavidad

Nuevo modelo de «toilette» de verano.



Vestido muy elegante y de gran novedad para confeccionar en piqué ó en satén liberty. Cuerpo compuesto por un guimpé formado de pliegues de tul, reteniendo un pequeño blusón, sobre el que van dos grandes bandas ó tirantes que se reúnen en la cintura bajo un nudo. Falda amplia por abajo, con un tablero de martillo que continúa por las caderas sujetando los fruncidos de los paños.

de la epidermis en general, le aconsejo que haga uso del agua de la Juventud, verdadero secreto de eterna juventud y una de cuyas aplicaciones principales consiste en hacer que desaparezcan las arrugas.

En cuanto á los polvos que me pide su receta y que en efecto hacen alacer el cutis con la frescura de los veinte años se trata de una fórmula francesa que no conozco todavía; pero que no tardaré en saber, para indicarle á otras lectoras, que como usted, me la tienen solicitada.

Clavel rojo.—Así como los buenos toreros dan á los bichos una lidia distinta según las condiciones de la res, de igual suerte cada aspirante á marido necesita un trasteo diverso para hacerle bajar la cabeza y dirigir sus pasos hacia la Vicaría. Y dispense usted la comparación.

Lion d'Or.—¿Cómo quiere que yo le indique mis preferencias acerca de las actrices en boga? A demás, ¿para qué puede usted necesitar de mi opinión y mi gusto en este particular? Verdaderamente, que si que es verdad que preguntan usted cosas extraordinarias. En su consulta acerca de cómo ha de disimular esa prematura canicie que tanto le preocupa, puedo, si, contestarle categóricamente, como en efecto, no vacilo en recomendarle la aplicación de la fórmula de Jouvence, que tiene el pelo de un modo instantáneo, suave, es decir, gradualmente y sin perjuicio para la salud. Respecto a pre-ferente que la quiere quitar esa amiga, no de usted procuré desalojarlo que haga el a, sino de la conducta de él, en el caso particular que usted me consulta.

Ana.—Los barroes escamillas y manchas herpéticas le desaparecerán en 24 horas, quedando el cutis ideal y deslumbrante, por ajada que esté, con el uso de la pasta y crema *Izur*; ya hay en casa de Núñez, Postas, 17 y 19, y Carmen, 2.

Spartana.—Celebro mucho que tenga usted tanto valor. Es el único medio de resolver la situación.

En cuanto á la receta que me pide para hacer desaparecer las pecas de un modo radical, le sirve el mismo remedio que en este mismo número y en la segunda parte de sus interrogaciones doy á *Una de Almarza*.

Colson.—No podemos contestar sino á un pseudónimo.

Cuanto usted desea, lo encontrará repasando la colección de *LA MODA PRÁCTICA*, en donde se han publicado artículos y dibujos muchos acerca de lo que me consulta respecto á la primera comunión.

Cubanita.—Sí, señora. Vuelvo á repetir que no soy partidaria de los tites; mas siendo su uso de imprescindible necesidad, le aconsejo que gire el conocido con el nombre de Jouvence, por constarme que no tiene principios que puedan ser nocivos á la salud del cuero cabelludo.

En cuanto á sus reflexiones patrióticas-sentimentales he de manifestarle que están muy puestas en razón; pero, á decir verdad, ¿quién se acuerda de que tuvimos unas colonias y de que la administración española en aquellos países no fué todo lo buena que hubiera sido de desear? Eso ya, ni en el Congreso; conqui figúrese usted si vamos á arreglarlo nosotras, ¡pobres mujeres!, desde las columnas de esta Estafeta de consultas!

La Secretaria.

CUENTO

UN GABAN Y UN BESO

Sentadas sobre la seca hierba—que no siempre ha de ser verde—hallábanse Luisa y Carolina.

Teófilo, hermano de ésta, las acompañaba.

La tarde era calurosa.

El color ceniciento del cielo anunciaba tempestad.

Las dos amigas entreteníanse en explicarse el mudo lenguaje del abanico.

Teófilo, enamorado de Luisa, hallábase embebido contemplando sus encantos.

Cuando más entretenidos estaban, prorumpieron las dos amigas en grandes carcajadas.

La presencia de D. Policarpo produjo aquella hilaridad.

Este era un antiguo empleado que, á pesar de sus veinte años de servicios al Estado, no había pasado de la categoría de aspirante á auxiliar de escribiente, con mil pesetas de sueldo; como que no era pariente, ni siquiera amigo, de ningún diputado ó cacique.

Contábanse curiosas anécdotas de la vida de este funcionario; pero su mayor celebridad consistía en lo estafalarío de su tipo.

Un sombrero apabullado, gabán de burda tela, pantalón raído y botas compradas en el Rastro, componían su traje.

La risa que su presencia produjo no fué para él desapercibida, por cuya causa pasó de largo sin saludar.

A poco, el plumizo color de las nubes comenzó á arrojar agua con esa impetuosidad de las tormentas de verano.

Los tres jóvenes emprendieron precipitada carrera, buscando sitio donde guarecerse del repentino aguacero.

En el camino alcanzaron á don Policarpo, que, á pesar de la lluvia que sobre él caía, no alteraba su acompasada marcha.

Aunque no había olvidado que momentos antes fué objeto de burla por parte de aquellos jóvenes, no pudiendo prescindir de su carácter bondadoso, quiso darles una prueba de su galantería.

Quitóse el gabán, y extendiéndolo sobre su bastón, invitó á Teófilo á que con el suyo hiciese lo propio, formando con los dos bastones y su gabán una especie de tienda de campaña ambulante que les preservara de la lluvia.

La noche iba anticipándose efecto de la obscuridad de la tormenta.

Los cuatro caminantes emprendieron su marcha hacia la población, de la que estaban aún bastante lejos.

Carolina y Policarpo iban delante.

Luisa y Teófilo caminaban detrás.

Largo rato marcharon de ese modo en silencio.

De pronto se oyó como el piar de un pajarillo.

Teófilo, tan cerca de Luisa,

casi juntos los rostros por la necesidad de reducirse á aquel estrecho aparato, y embriagado con el aliento balsámico que exhalaban sus carmineos labios, tocó instintivamente con los suyos la fresca mejilla de aquella encantadora joven.

No pasó aquello desapercibi-

do para Policarpo, pero la prudencia le aconsejaba silencio.

A poco llegaron á la entrada de la población, y en el primer portal que hallaron se refugiaron.

Al rato la lluvia comenzó á cesar.

Media hora después, apenas si había señales de ella, como no fuera en el gabán de Policarpo, que empapado filtraba gruesas gotas.

Despidióse nuestro empleado de sus acompañantes, dirigiendo

á Teófilo una sonrisa maliciosa y significativa.

Seis meses después, por un cambio de Gobierno, que tan frecuentes son en nuestra política, quedó cesante tan antiguo como probó funcionario.

Desde entonces, el problema de su vida era de difícil solución. Ocupado en los trabajos oficiales, desconocía por completo otros medios de subsistencia.

Cierto día que estaba desesperado, se acordó de Teófilo.

Fué á visitarle. Este había cambiado por completo de situación.

El amor que había sentido por Luisa y que fué en aumento desde el día del incidente del gabán, tuvo término en la Vicaría. Luisa y Teófilo se habían casado y eran dueños de envidiable fortuna.

Al presentarse Policarpo, no sólo le recibió con agrado, sino que, al conocer su situación, y antes que le recordara el principio de sus amores, abrió un cajón de la mesa de su despacho, y sacando un fajo de billetes, se lo entregó manifestándole para que lo aceptase, que aquella suma era en calidad de devolución cuando su suerte cambiara.

De negocio en negocio, de ganancia en ganancia, y con su vida económica, llegó Policarpo á poseer una fortuna.

Hoy es uno de los banqueros más acaudalados. El fausto le rodea, y las primeras invitaciones que hace para que concurren á las frecuentes recepciones de su magnífico hotel, son dirigidas á Teófilo y Luisa, que, henchidos de satisfacción, no olvidan el principio de su felicidad, debido á un gabán y un beso.

CARMEN URQUIZA DE CABEZAS.

VERSOS INÉDITOS

LOS DOS TEMPLOS

I TEMPLO GRIEGO

(Sobre un pensamiento de Les martyrs, del vizconde de Chateaubriand.)

Hubo un templo—en la tierra soberana de los dioses, los héroes y las artes— donde entraba la luz por todas partes: de Febo el oro y el albor de Diana.

Mansión fué de la Juno Laciniana, y él guardó los gloriosos estandartes arrancados por Grecia á los baluartes del enemigo en la ciudad troyana.

Ni el Aquilón ni el Austro consiguieron aventar las cenizas de la lumbre que en él los sacrificios encendieron.

¡Y así guardan los fieles corazones su inalterable paz, sobre la cumbre que azota el vendaval de las pasiones!

II

TEMPLO DESIERTO

(Traducción de la poesía del mismo nombre, del malogrado Curros Enríquez.)

Como encendida lámpara en estrecho cerrado camarín, así—en el santuario de mi pecho— arde una luz sin fin.

Cuando su llama agonizando lenta va á dejar ya de arder, soplo de fe su pábilo alimenta y vuélvese á encender.

Mas de mi pecho en la siniestra calma ya no hay altares... ¡Ah! La lámpara del templo de mi alma, ¿á quién alumbrará?

Si á alguno halláis, viajeros de esta vida, en quien podáis creer vos, ¡ponedlo ante esta lámpara encendida, que está esperando á un Dios!

CARLOS MIRANDA.

VICTORINA CATALINA

Nombres para bordar en ropa blanca de señora.

GRATIS DIRÉ EL SECRETO DE LA FELICIDAD Escribir á F. G. PURTAL, BARCELONA (MATARÓ)

A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. Martín G. Labiano. Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á la de Bolsa.

Mercería, mantelería, géneros de punto, pu. tillas. Alonso y C.ª — Pontejos, 1.

FIGURINES EXTRANJEROS Administración general en España: San Alberto, 1, Madrid.

Zapatos tafi ete legítimo, 7 pesetas. Espoz y Mi.ª, 20; Co'egiata, 2, prles.

Academia de corte para señoritas. La más perfecta en esanza. Villanueva, 17. Madrid.

Abanicos, Paraguas y Sombrillas VILLARÁN HERMANOS Carrera de San Jerónimo, 2, y 7 y 9.

Festones para bordar. M. Guiseris, Montera, 41, Madrid. SUCURSAL: Montera, 44.

La Moda Práctica



Suplemento en colores al núm. 77

LA MODA PRATICA



1



2



3



1



3

